

De Roncesvalles a San Millán. Dibujos de Valentín Carderera y Jaume Serra i Gibert

Antón Pombo

La localidad riojana de Nájera acogió, entre finales de febrero y junio de 2008, la muestra *Paisajes, Tipos y Monumentos. De Roncesvalles a San Millán. Facsímiles de los dibujos de Valentín Carderera y Jaume Serra i Gibert*, organizada por el Instituto del Patrimonio Histórico Español (IPHE), que en el monasterio de Santa María la Real de Nájera cuenta con una joven Escuela de Patrimonio Histórico inaugurada en 1999. Pretendió sumergir a los estudiantes del centro en la “prehistoria” de la puesta en valor y restauración de los monumentos antiguos, que en primera instancia pasaba por levantar planos, alzados y dibujos de los edificios sobre los que posteriormente se pretendía intervenir, la mayoría de las veces con urgencia para salvarlos de la ruina.

En la sala de muestras de la escuela, estrenada con este motivo, se expusieron cincuenta facsímiles de gran calidad, hasta ahora prácticamente inéditos, elaborados a partir de los originales pertenecientes a la Fundación Lázaro Galdiano (Madrid). Esta colección reúne dibujos de paisajes y monumentos navarros y riojanos, la mayor parte emplazados en el Camino Francés de Santiago, que nos permiten tener una idea de cuál era su estado y del entorno del paisaje cultural que los acogía, a mediados del siglo XIX.

Con la exposición se presentó una carpeta que recoge algunas de las láminas, extraordinariamente reproducidas, de la muestra, entre otras las portadas de Santa María la Real de Sangüesa, San Miguel de Estella o de Lizarra y San Bartolomé de Logroño, la colegiata de Orreaga/Roncesvalles, la catedral de Pamplona, el convento de Santa María la Real de Nájera o la desaparecida iglesia de San Juan de Acre (Navarrete), todas ellas situadas en el Camino de Santiago.

El Romanticismo puso en valor la arquitectura medieval y, desde la exaltación literaria, fue avanzando hacia las primeras tentativas de restauración, en gran medida inspiradas por un deseo de recuperar, e incluso de conseguir a partir de supuestos teóricos racionales, el edificio ideal. Este planteamiento, nacido de una mitificación del Medievo y la cristiandad, concebidos a la manera de una nueva edad dorada, magnificaba el Románico y el Gótico, estilos de nuevo recreados en una esplendorosa ensoñación. Gran parte de Europa había padecido, en su patrimonio asociado a los poderes del

Antiguo Régimen o interpretado como símbolo del “feudalismo” –conventos, castillos, palacios–, los efectos de revoluciones, desamortizaciones y exclaustaciones. Al mismo tiempo, durante el siglo XIX, ya se hacían notar las consecuencias de la revolución industrial, que provocó una progresiva despoblación de grandes áreas rurales antaño pujantes y la decadencia de vetustas ciudades que habían perdido el tren del siglo. Surge así la necesidad de salvaguardar el pasado para que no desaparezcan para siempre los monumentos más representativos y las obras que mejor simbolizaban el espíritu de la nación. Para conseguirlo, de acuerdo con un modelo ya aplicado en Francia, era precisa una decidida intervención del Estado que, con el auxilio y supervisión de las sociedades arqueológicas, las comisiones provinciales y central de monumentos –la segunda fue creada en 1844– y la Academia de Bellas Artes de San Fernando, comenzó a incoar expedientes y, a partir de 1844, a declarar por decreto los primeros monumentos nacionales, honra que, por cierto, correspondió a la *Pulchra leonina*.

El gran teórico de esta primera oleada romántica restauradora fue el arquitecto francés Eugène Viollet-le-Duc (1814-1879), principal propagador de la teoría de la restauración arquitectónica purista, que pretendía desnudar los monumentos medievales de todos los añadidos posteriores y reincorporar las piezas y elementos desaparecidos que estaban presentes en el diseño originario, e incluso incorporar otros para conferirle mayor autenticidad. Sus principios fueron materializados en una actuación que se convirtió en un referente: aludimos al trabajo realizado a partir de 1843, junto a J.B. Lassus, en la catedral de Nôtre-Dame de París; en el plano de la arquitectura militar también cabe destacar la gran obra de restauración de la fortaleza de Carcassonne, que por aquel entonces consiguió su espectacular y actual fisonomía.

El compendio teórico de la escuela purista, que siempre mostró una especial predilección por el Gótico, fue recogido por Viollet-le-Duc en el monumental y muy difundido en los diez tomos del *Dictionnaire raisonné de l'architecture française du XIè au XVIè siècle*, París, 1858-68. Esta obra tuvo gran influencia en España, donde, a partir de la Restauración alfonsina, cuando las finanzas del Estado estaban más saneadas, se comenzaron a desarrollar importantes proyectos de restauración.

Al margen de Francia, además, otros países como Inglaterra o Alemania estaban ya desarrollando experiencias semejantes. Al igual que en España o Francia, en el caso inglés será la Iglesia, naturalmente la anglicana, la gran promotora del Neogótico. En los países del Sur de Europa, el movimiento ultramontano y neocatólico, que acaba evolucionando hacia diversas formas de integrista, también pretende mostrar la pujanza del catolicismo por medio de una recristianización de las ciudades, algo que en el plano simbólico y espacial se podía conseguir por medio de la construcción de grandes basílicas, normalmente sufragadas a través de campañas de cuestación. Por todo el territorio también fueron erigidos millares de nuevos templos, capillas, oratorios o los, en Francia, tan populares calvarios. En Alemania, a raíz del movimiento de unificación, el Gótico es exaltado como el producto más depurado del espíritu nacional y la gran empresa emblemática del período fue la conclusión de la catedral de Colonia (1842-1880). Por lo que toca a España, el más temprano

y ambicioso proyecto de restauración fue el que afectó a la catedral leonesa que, a mediados del siglo XIX, se encontraba en un lamentable estado de conservación, cercano a la ruina, y fue salvada en segunda instancia merced a la intervención de Juan de Madrazo, discípulo de Viollet-le-Duc, que supo interpretar correctamente su estructura gótica. Entre los seguidores de Viollet-le-Duc también cabe citar a Vicente Lampérez y Romea.

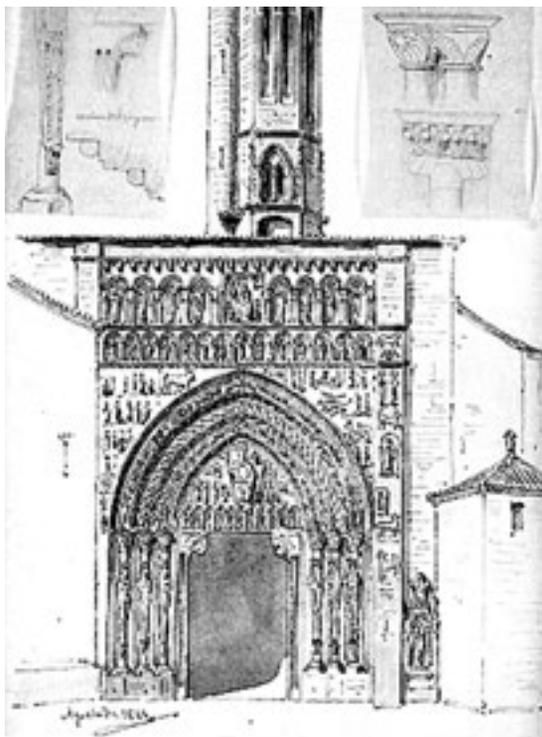
El interés por el Medioevo, sustentado por la literatura romántica, hace aparecer los primeros manuales dirigidos a los viajeros ilustrados, a la inteligencia burguesa e incluso a algunos “peregrinos artísticos”, en expresión empleada por Emilio Castelar, que se proponen visitar en España, sobre todo a partir del segundo tercio del siglo XIX, las ciudades históricas y monumentos hasta entonces sólo frecuentados por británicos o franceses, que nos dejaron un buen repertorio de literatura odepórica. La primera guía de la catedral de Santiago, por ejemplo, data de 1847.

En la puesta en valor, que diríamos hoy, de los grandes monumentos del pasado, también jugaron un importantísimo papel los dibujos –como los presentes en la exposición– y grabados, que comienzan a ser reproducidos en libros y en la prensa ilustrada. En tal sentido, no podemos olvidar la monumental empresa iniciada en 1839 por Francisco Javier Parcerisa (1803-1875) que, en la obra *Recuerdos y bellezas de España*, se propuso recoger una selección de las mejores antigüedades del país; muchos de aquellos dibujos serían también publicados en el *Seminario Pintoresco Español* y, trasladados a litografías, van pasando a los primeros álbumes monumentales y empiezan a circular como estampas recordatorio.

El Ministerio de Fomento, por su parte, en 1856, comenzó a editar *Monumentos Arquitectónicos de España*, una serie de láminas grabadas presentadas en carpetas y acompañadas de breves textos. Los fotógrafos extranjeros o españoles, como T. Gautier –catedrales de Burgos y Valladolid–, C. Thurston –catedral de Santiago de Compostela– o C. Alguacil –imágenes de Toledo– también enriquecen este importante legado documental con su aportación. A la lista tendríamos que añadir, por la excelente calidad de sus láminas, la publicación *Museo Español de Antigüedades* (1870-1871), de efímera vida.

Ya en la Restauración, el editor catalán Daniel Cortezo pretende retomar el proyecto de Parcerisa y, en el mismo período, van surgiendo revistas y periódicos con una gran presencia de imágenes de calidad; así *La Ilustración Española y Americana* o, en la esfera autonómica, *La Ilustración Gallega y Asturiana*. En otro ámbito, la reproducción de monumentos incluso llegó a la realizarse a través de copias, como por ejemplo el famoso vaciado del compostelano Pórtico de la Gloria para el South Kensington Museum de Londres (1866), que tanto redundó en su difusión internacional.

Así pues, superada la fase inicial romántica, meramente contemplativa y divulgativa de los venerables edificios y de las evocadoras ruinas, enseguida se fue avanzando en un conocimiento más profundo de su historia y estructura, y aparecieron también los primeros estudios iconográficos de las grandes portadas medievales. En el último tercio del siglo XIX, se multiplican los artículos y trabajos de base documental, en



Santa María la Real de Sangüesa, Jaume Serra i Gibert (1865).

muchos casos a través de revistas especializadas, y también las guías de viajes, álbumes monumentales, etc.

En el anterior marco, tenemos que encuadrar las aportaciones de Jaume Serra i Gibert (1834-1877) y Valentín Carderera y Solano (1796-1880), ambos colaboradores de Pedro de Madrazo que, en agosto de 1865, realizó un viaje por La Rioja y Navarra, facultado por la Comisión de Monumentos de la Academia de Bellas Artes de San Fernando, para preparar un nuevo volumen de la citada colección de Parcerisa. Sin embargo, la obra no fue publicada hasta 1886 por Daniel Cortezo que, con el mismo espíritu de Parcerisa, llevó a la imprenta *España, sus monumentos y artes, su naturaleza e historia*, pero ahora

marginando croquis, dibujos y acuarelas en favor de la fotografía. Por tanto, los dibujos a pluma, lápiz y aguadas, y las acuarelas de dichos autores quedaron relegados al olvido. Su recuperación supone una buena nueva para los investigadores y curiosos de la época contemporánea de las peregrinaciones, pues, por más que el siglo XIX suele ser considerado el de las horas más bajas de la gran romería jacobea, en él estaban brotando muchas de las concepciones que acabarían propiciando su resurgimiento.